REMOTE STORAGE

¶ Un Pontifice del Ocultismo

Pompeyo Gener,

1846-1920

DEDICATORIA

A MI BUEN AMIGO EL DOCTOR DON JUAN SOLÉ Y PLÁ, QUE TANTOS Y TAN IMPORTANTES DOCUMENTOS ME PROPORCIONÓ SOBRE *MIGUEL SERVET*, EN SUS ÚLTIMOS VIAJES A GINEBRA

P. G.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

AL QUE LEYERE

Lo que voy
a referiros no
tiene de novela más
que el estilo, el cum grano
salis *de los historiadores ro-*
manos helenizantes, de los buenos
tiempos de Augusto, lo cual daba ese
aticismo tan preciado a todas sus
narraciones. Por lo demás, en
el fondo, el hecho es real
y verdadero, y me
pasó a mí en la
fecha y en
el
viaje
en que le
describo.

I

EN PARÍS EN EL ULTIMO TERCIO DEL PASADO SIGLO

En París, cuando concluí mis estudios de Medicina, para la tesis del Doctorado, escogí por asunto la «Historia de la Circulación de la Sangre en la Especie Humana».

Para ello tuve que documentarme, y de los muchos datos que encontré me pareció desprenderse que Harvey no había sido el que la descubriera. Realdo Colombo de Cremona había ya hablado de ella muy anteriormente, coligiéndose como si él hubiese tomado ya esta idea de algún antecesor o maestro suyo. Por fin dí con el nombre de Miguel Servet, aragonés según unos, navarro según otros, mallorquín o catalán según Ligurio; pero de todos modos, de lo que se entendía por reino de Aragón al acabar la Edad Media.

El haber encontrado que fué perseguido por Calvino, y quemado vivo en Ginebra, me llamó sumamente la atención, tanto más cuanto que todos los protestantes observantes querían quitarle a nuestro compatricio el mérito de su descubrimiento; y me propuse ver lo que hubiese de cierto sobre español tan ilustre, y reivindicarlo cuando la ocasión se presentara. Era una injusticia histórica que exigía reparación; y yo, siendo de su raza, me sentí Quijote, en el sentido más noble de la palabra.

Mas transcurrieron un gran número de años y no pensé ya en mi propósito.

II

MIS INVESTIGACIONES PARA LA REIVINDICACION DE MIGUEL SERVET EN PRINCIPIOS DE ESTE SIGLO

Pero he aquí que a principios del siglo xx se presentó la ocasión. Aproximándose el 350 aniversario del suplicio de Miguel Servet, tuve una misión científica que cumplir en Ginebra, donde había de celebrarse un Congreso médico; y fué entonces cuando se me acudió de nuevo la idea de reivindicarlo, y me preparé lo suficiente puesto que había tiempo para ello.

El Congreso estaba anunciado para mediados de octubre—estábamos en primavera—, y estudié lo que hallar pude en París. De París me trasladé a Vienne, capital del Delfinado, y lo que hallé hasta entonces era contradictorio en lo tocante a la naturaleza de Servet. Sólo podía colegirse que era español,

y aun *espagnol-portugalais*. En Vienne, hojeando los documentos del proceso que allí se le había formado, hallé que constaba como de Tudela (Navarra), tal cual había yo hallado ya en una inscripción de un registro de París. En Lyon, donde pasé para dirigirme a Vienne, ví que en unos documentos figuraba como *espagnol-portugalais* y en otros como navarro, hijo de Tudela. Allí me enteré también de que había ido a pedir trabajo a los editores «Treschel frères», para ganarse la vida, *á la recherche d'un gagne pain*. Con un espíritu crítico, y conociendo la historia del ilustre mártir, ya se podía colegir que tales afirmaciones, de su parte procedían del miedo a revelar su verdadero origen. Venía de Alemania perseguido por los protestantes; se hallaba en país católico y podía meterse con él *el Santo Oficio* si se averiguaba que era él el que había escrito en Alemania contra la idea de la Trinidad. Por esto tenía que despistar en cuanto a su naturaleza.

Entonces determiné ir a España, pues pensaba de fijo averiguar su origen, ya que Ligurio afirmaba que era tarraconense. Además, el Dr. D. Benito Roure Barrios, en unos eruditos trabajos, daba indicios de que hubiera podido ser hijo de un Servet, escribano del Monasterio de Sixena. Como dicho monasterio se halla en Huesca, en un punto que aún pertenece al obispado de Lérida, fuíme en automóvil acompañado de un amigo a Lérida, atravesando el Pirineo en dirección al monasterio, en el cual hallé lo que tanto apetecía.

Como hice constar después en un libro, «Reforma contra Renacimiento» (1), no cabía duda alguna de que el ilustre mártir era hijo de padre catalán y de madre aragonesa, descendiente de un linaje de infanzones de Aragón. Esto ya me lo había hecho sospechar el hecho de que su protector y amigo el arzobispo Paulmier, señor del Delfinado, lo empleara para la correspondencia con los obispos provenzales, datos que había hallado en Vienne.

(1) Servet, médico-geógrafo-astrónomo-filósofo. «Reforma contra Renacimiento», «Calvinismo contra Humanismo». Barcelona-Buenos Aires.

III

EN GINEBRA—LA CIUDAD ANTIGUA

Bien documentado ya sobre su origen, determiné pasarme entonces algún tiempo en Ginebra, y ver lo que pudiera inquirir sobre tan importante asunto, tratando de si me sería posible hojear el proceso que lo llevó a la hoguera y la documentación anexa, que allí debía de estar guardada en un armario sellado por el propio Calvino, según mis informes.

Además deseaba ver de nuevo a aquella ciudad en la cual muchas veces había estado sólo unos días de paso, pero nunca instalado en ella durante meses.

Una vez instalado en un hotelito de la plaza del Molard, fuíme a inspeccionar el Ayuntamiento y su Museo, el Obispado y la Catedral, la calle de los

Canónigos y todas las callejuelas viejas que van del Molard a la parte alta de de la ciudad antigua, con sus pendientes bruscas y sus casas ventrudas, apolilladas y enmohecidas, que me recordaron aquellos tristes días de la tiranía eclesiástica de Farel y de Calvino, a mediados del siglo XVI, después de la muerte del gran patriota Berthelier.

La calle *du Bour du Four*, por la cual había pasado al ir al suplicio nuestro gran sabio; la calle del Infierno y la del Purgatorio, bien poco habían cambiado desde aquella fecha. Aún se conservaban las casas de esos tétricos reformadores, algo restauradas, pero de un aspecto idéntico. Así pude penetrarme de que la Ginebra de mediados del siglo XVI, por la tiranía teocrática calvinista había venido a ser la antítesis del Renacimiento vital y humano aceptado por sus patricios. La austeridad cruel se alzaba allí contra las tendencias espléndidas de aquellos papas y prelados liberales de Roma que adoraban la Belleza y el Saber como la Virtud, y daban por concluída la Edad de la mortificación y de la penitencia, resucitando el paganismo.

Por esto me instalé en la antigua ciudad, pues en la Ginebra actual, humanizada hoy día por la civilización moderna, con aires de universalidad y con el respeto estricto a todas las opiniones y creencias, no hubiera podido estudiar aquel ambiente.

Allí estuve una buena temporada hasta que hube logrado mi objeto y recogido todos lós datos para la reivindicación de nuestro gran Servet, convenciéndome que del fondo de aquel proceso se desprendía un drama que acabó en tragedia, promovido por los celos y la envidia del fanático y feroz Calvino.

IV

HALLAZGO DEL RETRATO DE SERVET, Y DE OTROS GRABADOS DE PERSONAJES DEL RENACIMIENTO

Hallándome pues en Ginebra en 190[illegible] con motivo de [illegible] de los varios Congresos internacionales que se celebraron en aquella capital aquel año, traté de averiguar dónde había ido a parar un antiguo librero, amigo mío, que tenía siempre libros e imágenes curiosas, especialmente grabados históricos, etc.

Se llamaba Theodore Müller y era de Salzburgo. Supe que, de vez en cuando, volvía a Ginebra para continuar su comercio de compra y venta de libros raros y preciosos, aunque permanecía poco tiempo en la ciudad de Rousseau; acostumbraba a parar un mes o dos, durante el verano, en Lyon. Hice todo lo que pude para encontrarlo, y efectivamente le ví, y pidiéndole si tenía

algún retrato o grabado de Miguel Servet, me dijo que sí, pero que formaba parte de una colección de personajes del Renacimiento, que valía veinticinco mil francos. Pero, añadió, que los duplicados que tuviese me los cedería a un precio módico. Hojeó sus carteras, y los duplicados que me cedió se los adquirí para regalarlos al Museo Arqueológico de Barcelona, de cuya Junta yo formaba parte entonces.

Entre esos grabados figura uno coloreado, de Felipe II cuando era joven, otro del emperador turco Soliman, y otros de varios personajes notables de mediados del Renacimiento, que ahora no recuerdo.

Entre esos duplicados que yo traje está, además, un grabado que figura el suplicio de Servet, quemándose en la hoguera, destacándose en primer término, la siniestra figura de Calvino. (1)

El retrato de Servet que figuraba en la colección de los grabados únicos (al acero), no quiso cedérmelo, pues dijo que le descomponía la colección, pero me permitió que sacara una fotografía de igual tamaño, llevándome el cliché. Reducico éste a un tercio, poco más o menos, salió el retrato que figura en la obra *Servet*, que publiqué después en la edicción de la Casa de Maucci. El grabado es del año 1551, y al acero, y por las prendas que usa se nota su autenticidad, pues el medallón que colgante de una cadena ostenta encima del pecho, con un águila de dos cabezas y el mundo con la cruz encima, es de los que regalaba el emperador Carlos V.

Esta joya y la golilla bipartida, son tal como figuran en el inventario anexo al proceso. Además su fisonomía coincide con lo que de él describen sus contemporáneos. La edad, la frente, la mirada, la barba a la imperial, etc

(1) Estos grabados coloridos, del siglo XVI, han estado durante tres años, expuestos al público en vitrinas, en el Museo de Antigüedades, de Barcelona. Hoy están en las carteras de grabados, y se muestran a todo el que los pida.

V

EL CONGRESO DE LAS CIENCIAS MÉDICAS, Y OTROS VARIOS CONGRESOS

Ginebra se hubiera podido llamar entonces la ciudad de los Congresos, pues a la sazón en ella los había de todas clases: literarios, científicos, de todas las ramas de la Ciencia, pura o aplicada; de ingeniería, de medicina, de las libres ideas, de los católicos nuevos, de los viejos católicos, etc., etc.

En el de las Ciencias Médicas pedí que se reivindicara al gran sabio español Miguel Servet, y se le elevaran monumentos en todas las ciudades en que él hubiese vivido, empezando por levantarle uno expiatorio en la misma ciudad de Ginebra, en que había sido quemado por el feroz Calvino. Para ello se formó una comisión de doctores en Medicina, de la que yo formé parte con el Dr. Ferrero y el Dr. Hubbard, a fin de que se nos permitiera hacer to-

das las investigaciones necesarias en los archivos de la ciudad, facilitándo senos los documentos del proceso que estaban allí guardados, lo cual nos fué concedido por el presidente del Municipio, puesto que los socialistas habían triunfado en las elecciones municipales y ya no imperaban los protestantes.

Una vez obtenido esto del Ayuntamiento, y tomados todos los apuntes necesarios, iba ya a marcharme cuando me llamó la atención un suelto publicado en *Le Journal de Geneve*, anunciando que se había abierto el Congreso de las Ciencias ocultas.

—¿Qué será?—, me demandé.

Aquella misma tarde encontréme con un joven profesor de química, ginebrino, muy ilustrado, con el cual nos veíamos casi cada tarde en una cervecería del «Rond Point Plein Palais», a quien interrogué respecto el particular y me dijo:

—Son una serie de espíritus chiflados que aquí han venido de todas partes, hasta de América, y ya han empezado a celebrar sus sesiones.

—Efectivamente—le respondí yo—. Desde últimos del siglo XIX, observo que en los grandes centros de Europa y de América vuelve a tener partidarios, en todas sus tendencias, *el ocultismo*, tal cual los tuvo a últimos del paganismo y del Renacimiento. ¡Ciencias ocultas!—exclamé—. Como si las ciencias no estuvieran reñidas con la ocultación. Precisamente—añadí—, lo que constituye la base de toda ciencia es la investigación de los fenómenos para darnos la explicación clara de lo que parecía un misterio de la Naturaleza, mientras se desconocían sus leyes, explicación asequible a todo el que quiera fijarse en ella. Pero, ¡qué le haremos!, hay mentes a las cuales placen los contrasentidos, lo irracional, lo supersticioso, y que creen que esto de la ciencia es todo cuestión de iniciados en misterios obscuros que legitimen las más extravagantes aberraciones de la imaginación.

Una de estas tendencias—dijo en apoyo de mi aserto el joven profesor—es el ocultimo espiritista, de los que sostienen la reencarnación de los hombres en otros mundos o en este mismo en que habitamos. Lo que la ciencia antropológica determina por el estudio de la herencia y los atavismos, esto es, que en una raza, o un linaje, hay tipos que se reproducen más o menos modificados en la descendencia, por lo que se llama el salto hacia atrás, ellos quieren explicarlo por la reencarnacion del sér. Y es que consideran, erróneamente, al sér como cosa independiente del organismo y no como una función de éste. Pero lo mejor del caso—añadió el joven profesor de química—es que estos chiflados hasta tienen su Papa

—¿Y quién es?—le pregunté curioso.

—Un verdadero Papanatas, un brasileño muy rico que se ha vuelto loco y se cree poseer los secretos más profundos de la secta. Se llama Texeira Minhegas, triple doctor en ciencias ocultas...

Al llegar aquí ya no pudimos contenernos la risa.

—¡Qué de cosas se ven en este mundo!—exclamé.

—¡Y aquí, en Ginebra, aun sin movernos de la ciudad, ¿si usted supiera?... ¡Vemos cada extravagancia que tiembla el misterio!

—¡Qué le haremos! En la Humanidad ha de haber de todo, si no, la presente época, esencialmente industrial y mercantil, sería la cosa más sosa que darse pueda.

Y le pregunté al joven profesor:

—¿No podría yo asistir a alguna de estas sesiones, que deben ser muy curiosas y divertidas?

—Mire usted—me respondió—, como les hemos prestado el local, uno de los salones de la Universidad, usted subirá antes de la sesión conmigo arriba, y en una de las tribunas, desde allí podrá presenciarlo todo sin ser visto. Ellos se reúnen en la planta baja y entran con contraseña. Las galerías no les son asequibles. Mañana por la noche tendrán la última de las sesiones. Por la tarde tomaremos aquí la cerveza juntos y nos marcharemos a ver esos chiflados.

—Comamos juntos, pues—le dije—, yo le invito, y después de la comida iremos.

Y con un fuerte apretón de manos nos despedimos.

VI

EL CONGRESO DE LAS CIENCIAS OCULTAS

Al día siguiente, a la hora fijada, nos sentábamos a la mesa el joven catedrático y yo, y después de una suculenta comida tomamos nuestro buen café y nos dirigimos a la sesión de los ocultistas.

Lo que allí presenciamos, desde arriba de las galerías, difícil sería el describirlo.

Los asistentes al acto, mujeres en su mayor parte, iban entrando sin que presentaran nada de notable. Unicamente llamaba la atención la indumentaria de algunos de ellos, especialmente la de las mujeres. Muchas de ellas llevaban trajes por el estilo de las *sufragistas inglesas*, iban vestidas con prendas que parecían estar reñidas con la graciosa indumentaria propia de su sexo. Más

fijándome bien, a pesar de la gran distancia que me separaba de ellos, pude observar en sus fisonomías algunos de los signos característicos de la neurastenia que estaban sufriendo. Los había que parecían escapados de la Clínica de la *Salpétrière*. Otros afectaban una gravedad solemne que tenía bastante de cómica y de ridícula.

La sesión empezó apagándose casi todas las luces de la planta baja y con una meditación mental a que les invitó el presidente, para evocar, según dijo, el espíritu de los que iban a reencarnarse acá en la Tierra. Al cabo de un rato de estar en la semiobscuridad, oyéronse gritos histéricos, cayendo algunas de aquellas mujeres al suelo revolcándose víctimas de convulsiones epilépticas. Otros levantándose, sañalaban con la mano en el aire como si viesen alguna persona querida, y exclamaban: «¿Qué pecado has cometido en otro planeta para pasar ahora por la Tierra bajo esta horrible forma?» Luego hubo uno que abriendo una ventana baja que daba al jardín, exclamó: «¡No cortéis estas flores, dejadlas crecer... son mis hermanas que vienen para vermel» Hasta un señor muy grave subió al taburete de un armonium, y ejecutó una sinfonía, anunciando que era el propio Beethowen quien se la dictaba en aquel momento.

Por fin, dejando el salón casi completamente a obscuras, entraron varios, envuelta la cabeza con un paño negro y apuntando los objetivos de unos kodaks al aire, estaban fotografiando, según afirmó el presidente, a séres que en aquel momento hallábanse de paso sobre la Tierra, para ir a tomar forma en otros planetas, impresionando las placas sus *cuerpos astrales*.

Lo que nos reimos con mi amigo el profesor ginebrino es indecible.

Cenamos aquella noche juntos con otros amigos que estaban en el mismo hotel que yo, y determiné marcharme a París y dejar aquella ciudad helvética, tomando el tren en dirección a Zurich donde pensaba pasar unos días.

Despedíme del joven profesor y de los demás que estaban en el hotel y me fuí a acostar, encargando al criado que me llamara una hora antes de la salida del tren y me hiciera reservar un puesto en el ómnibus para ir a la estación.

VII

MI ENCUENTRO CON EL PONTÍFICE DEL OSCURANTISMO, EN EL TREN

Al día siguiente, por la mañana, el criado llamaba a la puerta de mi cuarto a la hora indicada. Yo ya le esperaba levantado, y me bajó la maleta, la manta con las correas que ataban el paraguas y el bastón, colocándolo en el coche del hotel, y entre tanto pagué la cuenta, tomé un café con leche, y ¡a la estación!

En el momento en que llegué, el criado del hotel entró en el andén conmigo, después de haber tomado el billete de primera y me indicó cual era el tren que iba a Zurich, de los varios que estaban allí formados, en el andén, con sus locomotoras encendidas. Le dí una propina, me saludó y se fué después de haberme entregado los bultos que llevé conmigo.

Al subir a este tren, en el compartimiento de primera clase en que entré, me encontré sólo con un señor melenudo, de barba gris y aspecto grave, con el cual, al poco rato de estar el tren en marcha, entré en conversación, explicándome, en un castellano lleno de americanismos, que viajaba por Europa para hacer ciertos estudios, y, bajando la voz, añadió: sobre algunas personas que ya habían estado aquí otras veces.

Entonces me fijé bien en él y me pareció reconocer aquella cara—a pesar del gorro con carrilleras que llevaba y de sus lentes obscuros—, como si le hubiese visto entre los concurrentes al Congreso de los ocultistas.

—Este debe ser un espiritista de tomo y lomo—me dije—, a no ser que aluda a algunos americanos amigos suyos que hayan venido en otros viajes a Europa. Cuanto más hablaba, más se hacía notar que su acento era marcadísimo sudamericano, y para salir de dudas y saber quién era, pensé que lo mejor era escuchar y dejarle que hablara.

Al poco tiempo de estar hablando, me dijo que me conocía, me nombró por mi nombre y apellido, y añadió que había leído con interés todas las obras que yo había publicado, y que para él yo era un caso típico, digno de estudio.

Al principio me figuré que sería un psicólogo o un filósofo, admirador de mis escritos científicos o filosíficos, pero... ¡nada de eso! con quien estaba hablando era con el propio *Texeira Minhegas*, el gran pontífice del ocultismo.

Luego muy serio prosiguió:

—Yo le conozco a usted de hace mucho tiempo, mucho, mucho, sí señor, de hace más de tres siglos.

—¡Caramba!—exclamé sorprendido—. No me figuraba tener tanta edad, pues si no estoy transcordado yo debí nacer a principios de la primera década de la segunda mitad del pasado siglo XIX, al menos, así me lo dijeron mis papás siendo yo niño...

—No es que tenga usted, ahora, tanta edad, sino que usted ha tenido varias encarnaciones en este planeta y, en una de ellas, a fines del siglo XVI, fué hugonote en París, a las órdenes de Coligny, y fué entonces cuando yo le conocí a usted.—Y añadió muy gravemente—: Usted tenia entonces veintfcinco años y era ayudante de ese almirante ilustre, e iba conmigo por el *Quai del Louvre*, la noche de San Bartolomé, cuando una patrulla de *ligueros* nos hizo una descarga de arcabucería y nos mató a ambos.

—¡Valientes sinvergüenzas! De modo que sin pedirnos permiso nos mandaron a otro mundo?—le respondí yo. Y agregué—: pues mire usted..., no me acuerdo de ello.

—¡Y que ha de acordarse usted, si era en otra existencia! Ve usted—con-

tinuó diciendo—, todos esos trabajos que está usted haciendo ahora, para la reivindicación de Miguel Servet, y para demostrar que el protestantismo fué un paso hacia atrás en la Historia de la Humanidad, son trabajos expiatorios; pues usted ahora está purgando la falta de haber sido hugonote fanático.

—¡Caramba! Yo que detesto todos los fanatismos,—le respondí. Y fingiendo seriedad, para oir más descripciones estupendas, le pregunté:

—¿Y de las demás reencarnaciones mías, qué sabe usted?

—Todo, todo se lo diré, y... escuche, mi amigo.

—Pues vaya usted contando que me place saber lo que yo pueda haber sido en tan remotos tiempos, pues nada sé de ello.

—De lo que pueda usted haber sido en otros planetas, nada podemos saber; pero según lo que he preguntado a varios espíritus de la antigüedad...

—¿No serían espíritus guasones?—me atreví a preguntarle—. ¡Porque los hay que arman cada infundio, según dicen!

—No. Eran espíritus muy serios—y continuó—: Pues usted, en la antigua Persia-Irania, fué un Ashaván, amigo de Zoroastro, de los que defendían el Bien y la Vida ascendente, haciendo retroceder el imperio del maligno Arimanes, siempre a caballo, combatiendo con su espada flamígera, con sus perros leales, que le ayudaban, protegido por un águila celeste... y los pájaros amigos iban cantando por allí donde pasaba.

—Esto parece un argumento de una ópera wagneriana, *amigaso*—le contesté.

Y en seguida le pregunté:

—¿Y después?

—Después, en Grecia, en tiempo de Pericles, fué usted un gran artista, adorador de la Belleza, que hizo maravillosas estatuas, y se batió en Salamina contra los Medos.

—¡Se comprende! Como los Medos ya no eran los puros hijos del Irán y estaban entregados al Magismo...

—¡Por esto se batió usted como un héroe, sí, señor, como un héroe ateniense!

—¡Bravo! En mi linaje no ha habido nunca cobardes, ¡a fe mía!, cuando se ha tratado de combatir por la Libertad.

Y prosiguió:

—Más tarde, en Roma, fué usted el gran Pompeyo, el rival de César, aquel triúnviro que defendió la dignidad y la libertad de los ciudadanos de Roma, cuando la plebe apoyaba la arbitraria dictadura de César, que proclamó el Imperio.

—Ese es el nombre que me puso mi padrino, cuando me bautizaron.

—Porqu ω se lo inspiró un espíritu que sabía quién había sido usted.

Y continuó diciendo:

—En Corinto, usted concedió a los griegos iguales derechos que a los romanos.

—¡No es extraño, como que en la existencia anterior había sido griego!...

—Después puede que pasara usted a otro planeta a perfeccionarse, y más tarde, en el siglo XIII, fué usted un trovador provenzal, uno de aquellos caballeros qúe murieron en Muret a manos de los cruzados de Montfort con el rey Don Pedro II de Aragón; por esto los ataca usted tan duramente en sus obras, aunque usted no se de cuenta del por qué de ello.

—¡No he de darme cuenta! Porque eran un ato de bárbaros fanáticos y de bandidos que venían a destruir, en nombre de la fe, la espléndida civilización greco-latina que en el mediodía volvía a surgir con sus tendencias vitales y artísticas. Y además a robar las joyas y el dinero, por añadidura.

—Eso usted se lo figura, pero en el fondo guía su pluma el impulso latente de su existencia anterior. Luego fué usted en 1500..

—¿Aún volví otra vez?

—¡Vaya!... y otras. Fué usted el célebre Bernad lo Pescaire. o sea el marqués de Pescara, que ganó la batalla de Pavía con sus arcabuces, dando la importancia a la española infantería. Y era de ver cómo dirigía usted la acción con su manto de brocado verde y oro flotando al viento.

—¡No, hombre, no! Eso fué en un baile de trajes históricos que dió el Círculo Artístico de Barcelona, en el cual me presenté disfrazado de tal manera.

—Es que al diafrazarse fué usted impulsado inconscientemente por querer recobrar aquella grandiosa personslidad que en otra existencia había tenido Y luego, inmediatamente después de su muerte, se volvió a reencarnar en el hugonote de que le he hablado, y fué cuando nos conocimos.

—¡De modo que no me dieron ni punto de reposo... sólo el preciso tiempo de reencarnarme!... Y ero puesto que usted conoce a fondo los secretos de ese negociado de la Providencia, ¿quiere usted hacerme el favor de decirme por qué me hicïeron volver tan pronto a este pícaro mundo?

—Porque se había usted inclinado completamente al paganismo y a todos sus excesos, adoraba la Belleza y se había vuelto idólatra, y para expiar ésto, fué hugonote austero en esa otra existencia inmediata posterior.

—Pero ¡cómo no! mi amigo, le diie. ¡Si había sido escultor en la Atenas de

Pericles!... y dígame, después de mi corta existencia hugonota, debe de haber venido la reencarnación actual ¿verdad?

—No, señor. Volvió usted en el 1610, y en 1647 fué usted capitán de mosqueteros de la escolta del gran Condé, en la batalla de Lérida, después de lo cual puede que pasara usted a un satélite de la Tierra pera purgar una pequeña falta.

—Tal vez a la Luna, con Cyrano de Bergerac que también era mosquetero en esta época y debimos correr alguna juerga juntos.

—Ha vuelto usted ahora sobre nuestro planeta para acabar su expiación y mejoramiento y después es probable...

—¡Qué! ¿Aún más reencarnaciones? Fuí semidiós en Persia, artista en Atenas, triúnviro en Roma, trovador (de caballería) en Provenza, generalísimo de infantería con Carlos V en Italia, hugonote con Coligny, en París; capitán de mosqueteros a las ordenes de Condé, en Cataluña; y ahora escritor, autor dramático, novelista, hombre de ciencia, pensador,.,. y ¡que sé yo! Si esto continua, pronto vendré a asemejarme a aquel personaje bufo de aquella antigua zarzuela *Sueños de Oro*, que al hallarse transformado en lord inglés, cantaba:

He sido dux en Venecia
y en Roma fuí cardenal,
y en España de sargento
he subido a general.
No sé como pasa
ni sé como es
que ahora yo me encuentro
que soy lord inglés,
y como tengo tanto millón
tiro las libras por el balcón.

—Pues aunque a usted le parezca un sueño todo lo que le cuento, he de decirle que es la verdad pura. De todas esas encarnaciones se hallan indicios en us obras, aunque usted no se dé cuenta de ello; usted siempre combate, siempre es poeta y artista. Ahora —añadió—, según me comunicó un espíritu, habiendo ya sufrido todas las expiaciones, todas las purificaciones y pasado por todas las pruebas, es probable que vaya usted a un mundo en el cual solo ha-

biten séres superiores, de aquellos que se aproximan ya mucho a la Divinidad.

—Pues vea usted de recordármelo, si es que nos volvemos a encontrar algun día por esos espacios siderales, porque sería fácil que yo no me acordara ya de usted.

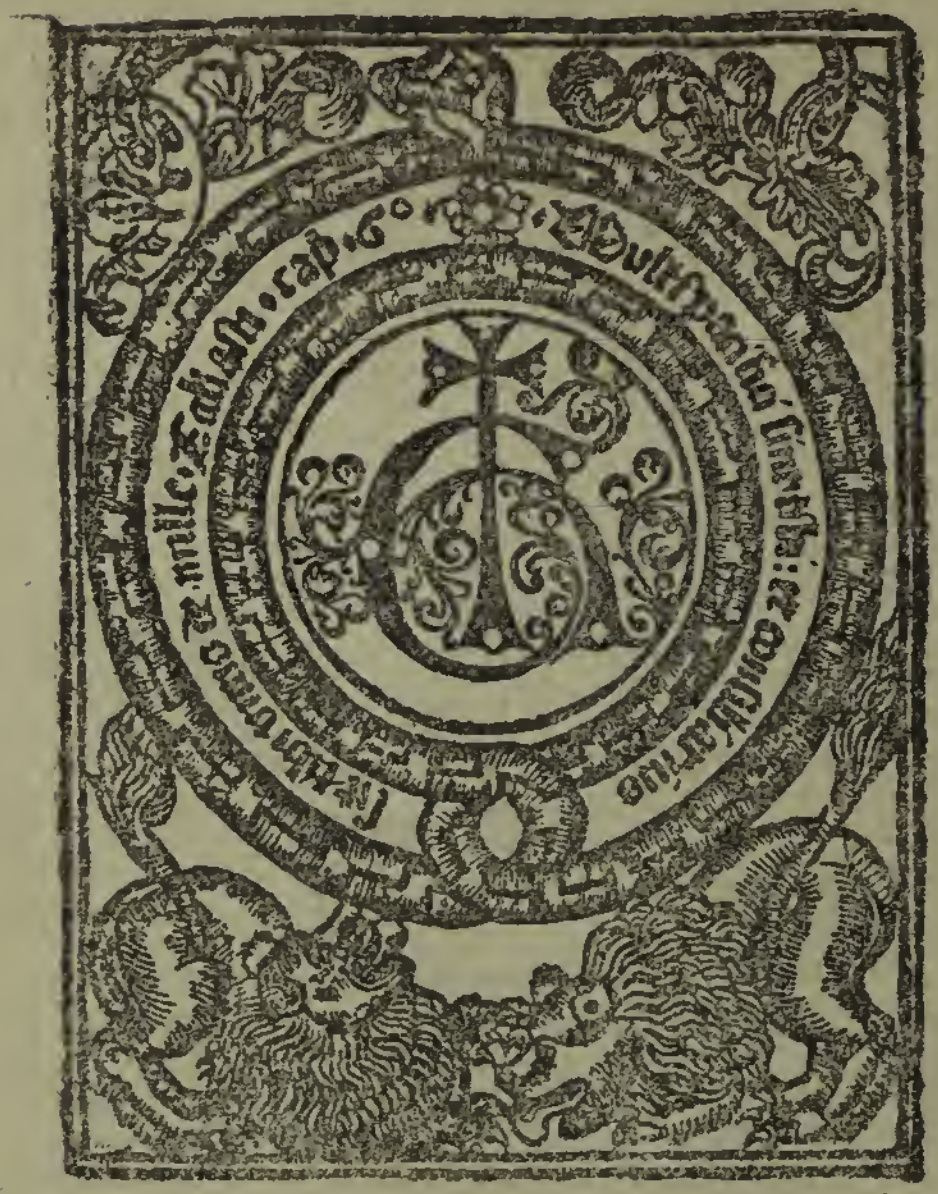
En esto empezó la locomotora a dar bufidos y entramos en la estación de Zurich, y cogiendo mis tratos de viaje, al saltar al andén, saludé al sabio ocultista, y me despedí de él diciéndole:

—¡Adiós, mi amigo, hasta otro planeta!

BARCELONA, 1917

Pompeyo Gener

3 0112 117461621



Fue impreſſo el preſente libro, llamado
Un Pontifice del Ocultismo,
en la villa de Ma-
drid,
en caſa de La Novela Corta. Acabo
ſea Diez dias del mes
de mayo.
Año.

M.CM.X.VII.